

pósitos, dejó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mías, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo, y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian me entré por estas montañas sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo ha no sé cuantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningún provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mismo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo como le hallé para el criado; y así tuve por menor inconveniente de-

jalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas. Digo pues que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

CAPITULO XXIX.

Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la aspersima penitencia en que se habia puesto.

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian tenían ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, vereis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo que con facilidad podreis y debéis hacer) que me aconsejeis donde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobre-

salto que tengo de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mío ageno de la honestidad que de mí se debían de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habían tanta lástima como admiración de su desgracia; y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio diciendo: en fin, señora, ¿que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuan de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así le dijo: ¿y quién sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que según vos, señora,

habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traído á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de D. Fernando, y el que aguardó á oír el sí que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en que paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y así dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé á un huésped mío, á quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y vineme á estas soledades con intención de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mía; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podría ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: por-

que presupuesto que Luscinda no puede casarse con D. Fernando por ser mia, ni D. Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enagenado ni deshecho: y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplicoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los míos, acomodándoo á esperar mejor fortuna; que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano de no desampararos hasta veros en poder de Don Fernando, y que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entónces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo titulo desafalle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber que gracias volver á tan grandes ofrecimientos quiso tomarle los piés para besárselos, mas no lo consintió Cardenio; y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo los rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen

con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daría orden como buscar á D. Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimismo con brevedad la causa que allí los habia traído, con la estrañeza de la locura de D. Quijote, y como aguardaban á su escudero, que habia ido á buscallo. Vínosele á la memoria á Cardenio como por sueños la pendencia que con D. Quijote habia tenido, y contóla á los demas; mas no supo decir por que causa fué su cuestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó los llamaba á voces: saliéronle al encuentro, y preguntándole por D. Quijote, les dijo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea: y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia res-

pondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hubiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante corría peligro de no venir á ser emperador como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo ménos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarian de allí mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de D. Quijote, á lo ménos para llevarle á su casa: á lo cual dijo Dorotea, que ella haria la doncella menesterosa mejor que el barbero, y mas que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leído muchos libros de caballerias, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas cuando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas, dijo el cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues tan sin pensarlo á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó luego Dorotea de su al-

mohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entónces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á D. Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que mas se admiró fué Sancho Panza, por parecerie (como era así verdad) que en todos los dias de su vida no habia visto tan hermosa criatura; y así preguntó al cura con grande abinco le dijese quien era aquella tan hermosa, señora, y que era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon del gran reino de Micomicon, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido á buscarle esta princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dijo á esta sazón Sancho Panza, y mas si

mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice, que si matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de receber órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la iglesia, teniendo como tengo muger y hijos, sería nunca acabar: así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre. Lámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamán-

dose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea tomar las reinas los nombres de sus reinos. Así debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderes: con lo que quedó tan contento Sancho; cuanto él cura admirado de su simplicidad, y de ver cuan encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde D. Quijote estaba, al cual advirtieron que no dijese que conocia al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo, puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos porque no se le acordase á D. Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el cura porque no era menester por entónces su presencia, y así los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que habia de hacer Dorotea: á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres

CAPILLA ALFONSO DE ARAGON

cuartos de legua habrían andado cuando describieron á D. Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado, y así como Dorothea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era D. Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorothea, la cual apeándose con grande desenvoltura se fué á hincar de rodillas ante las de D. Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: de aquí no me levantaré, o valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñas tierras viene al olor de vuestro famoso nombre buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, hermosa señora, respondió D. Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra hacienda fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pi-

do. Yo vos le otorgo y concedo, respondió D. Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave. No será en daño ni en mengua de los que decís, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella: y estando en esto se llegó Sancho Panza al oído de su señor, y muy pasito le dijo: bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió Don Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia conforme á lo que profesado tengo: y volviéndose á la doncella dijo: la vuestra gran hermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisere. Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino. Digo que así lo otorgo, respondió D. Quijote; y así podeis señora, desde hoy mas desechar la melancolia que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra

desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios, y la de mi brazo vos os vereis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas D. Quijote que en todo era comedido y cortes caballero, jamas lo consintió; ántes la hizo levantar, y la alrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo la cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado dijo: vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estábase el barbero aun de rodillas teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedarán todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que D. Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió D. Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su

cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entónces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo ménos rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habian de ser todos negros: á lo cual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y dijo-se á sí mismo: ¿qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormios, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: por Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié. Todo esto mira-

ban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabían que hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harían para conseguir lo que deseaban, y fué que con unas tijeras que traía en un estuche quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traía, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que ántes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habían pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real ántes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedían que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pié. En efecto ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della D. Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando se fué á él abiertos los brazos y diciendo á voces: para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota D. Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros

andantes; y diciendo esto tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á D. Quijote, el cual, espantado de lo que veía y oía decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atención, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual D. Quijote decía: déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razón que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestro merced esté á pié. Eso no consentiré yo en ningún modo, dijo el cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastárame subir en las ancas de una destas mulas destes señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yáce encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caía yo en tanto, mi señor licenciado, respondió D. Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodo-

darse en las ancas, si es que ella las sufre. Si sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié pudiendo ir á caballo. Así es, respondió el barbero, y apeándose en un punto convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fué el mal que al subir á las ancas el barbero, la mula que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolas ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por D. Quijote. Con todo eso le sobresaltaron demanera que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le que cayeron, y como se vió sin ellas no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. D. Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caído, dijo: vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro como si las quitaran á posta. El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuése con ellas donde yacia maese Nicolas dando aun voces todavia, y

de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró D. Quijote sobre manera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á mas que pegar barbas se debia de estender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Así es, dijo el cura, y prometió de enseñárselo en la primera ocasion. Concertáronse que por entónces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, D. Quijote, la princesa y el cura, y los tres á pié, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, Don Quijote dijo á la doncella: vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere; y antes que ella respondiese dijo el licenciado: ¿hácia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿es por ventura hacia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así

dijo: si señor, hácia ese reino es mi camino. Si así es dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo, Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reino de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella, porque no ha dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor D. Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oídos asi como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su corte-sia, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazón D. Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulación, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mia, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le

ha traído por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. A eso yo responderé con brevedad, respondió el cura, porque sabrá vuestra merced, señor D. Quijote, que yo y maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero, ibamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio, que ha muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron que le conyño al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aqui va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo; y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué

contra sus justos mandamientos : quiso, digo, quitar á las galeras sus piés, poner en alboroto la santa hermandad, que habia muchos años que reposaba : quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habiales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia Don Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dijo el cura, fueron los que nós robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPITULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

No hubo bien acabado el cura cuando Sancho dijo : pues mia fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo, y no porque yo no le dije ántes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dijo á esta

sazon D. Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los alfigidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera, ó estan en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias ; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías : yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga ; y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde mas largamente se contiene : y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el mengnado humor de D. Quijote, y que todos hacian burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para ménos, y viéndole tan enojado le dijo : señor caballero, miembresele á vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entre-